

En el alfolí

“TRAED TODOS LOS DIEZMOS AL ALFOLÍ Y HAYA ALIMENTO EN MI CASA; Y PROBADME AHORA EN ESTO, DICE JEHOVÁ DE LOS EJÉRCITOS, SI NO OS ABRIRÉ LAS VENTANAS DE LOS CIELOS, Y DERRAMARÉ SOBRE VOSOTROS BENDICIÓN HASTA QUE SOBREABUNDE” (MAL. 3:10, RVR).

Mi nombre es Natalia y vivo en la provincia de Tucumán, Argentina. Un día, mi exmarido me propuso intentar rehacer nuestro matrimonio. Él había comprado una casa, con un local para abrir una peluquería. Acepté su propuesta, aunque esto significaba dejar la vivienda donde residía con mis hijos y también las responsabilidades que tenía en la iglesia. Poco a poco, los planes de mi esposo fueron apartándome de Dios, y el trabajo absorbió toda mi vida.

Durante tres años sufrí humillación y desprecio por intentar vivir dentro de los principios bíblicos. Dejé de congregarme, y aunque no asistía a los cultos sentía la necesidad de mantenerme fiel, así que no dejé de hablar con Jesús y de separar el diezmo de todo lo que ganaba, aunque no lo llevaba para depositar en la tesorería de la iglesia. Como esa relación se tornó insostenible, regresé a mi casa nuevamente, donde el Señor obraría un milagro que cambió mi vida para siempre.

Un sábado, me quedé sola en mi hogar y, al prepararme para ir dormir, encendí un repelente en espiral para ahuyentar los mosquitos. Después de un tiempo, noté que mi cama ardía en llamas. De repente, sentí la presencia de Dios como si me tirara hacia la escalera y tomé conciencia de que el humo me estaba afectando; sabía que estaba a punto de perder la conciencia. Allí, oré al Señor y puse en sus manos mi vida y mi casa. Dios me salvó aquella noche, y solo sufrí quemaduras en un brazo.

Cuando los bomberos apagaron el fuego, todas mis pertenencias habían sido reducidas a cenizas, excepto una bolsa de plástico. En aquella bolsa estaba el diezmo que había guardado durante cuatro años. El Señor no solo protegió mi vida, sino también los diezmos que había apartado para él, dejándome algunas lecciones: (1) Dios cuida a sus hijos; (2) el diezmo es tan importante para él que puso su mano para protegerlo; y (3) mi casa no es el mejor lugar para guardar lo sagrado: tiene que estar en la tesorería de la iglesia.

“Este sistema del diezmo era una bendición para los judíos; de lo contrario, Dios no se lo hubiera dado. Así también será una bendición para los que lo practiquen hasta el fin del tiempo” (*Consejos sobre mayordomía cristiana*, p. 71).